

obra. Y si esta nacion ha tenido la dicha de escuchar la predicacion del Evangelio, á vos, despues de Dios, es á quien lo debe.» Así, pues, segun el testimonio de San Gregorio, la Inglaterra debe, despues de Dios, su conversion al Cristianismo á una mujer, y esta mujer era una reina francesa. ¡Nuevo título de gloria para la mujer, y para la Francia igualmente!

§ XXXI.—La emperatriz Irene, azote de los iconoclastas; por ella se reúne el segundo Concilio de Nicea, que los condena.—Bello espectáculo de esta princesa presidiendo la última sesión de aquel Concilio.—Solemnidad y magnificencia con que Irene hace celebrar la destrucción de la gran herejía y la restauración del culto de las santas imágenes.

Antes de dejar el Oriente, debemos tributar homenaje, en nombre de la Iglesia, á otras dos emperatrices que, aunque mucho tiempo despues, por su afecto al Catolicismo merecieron el reconocimiento del Catolicismo y de la Iglesia. Una de ellas es la emperatriz Irene, el azote de los iconoclastas y la restauradora del culto de las santas imágenes, que los últimos emperadores, y en particular el emperador Leon, su esposo, habian perseguido sacrilegamente. Se sabe que este malhadado Emperador llevó hasta tal punto de cinismo su odio satánico á las imágenes, que habiendo visto un día sobre uno de los altares de Santa Sofía una rica corona que el emperador Mauricio habia colocado en él, y que la rapacidad sacrilega de los iconoclastas habia perdonado, la hizo quitar de allí y se la puso en la cabeza, diciendo: «Esta corona está mejor aquí que donde estaba»; y se la llevó á palacio. La venganza del cielo no se hizo esperar mucho tiempo: acometido el emperador Leon por una apoplejía fulminante, murió el mismo día, á la edad de treinta años, dejando un hijo único, de doce años de edad. El partido de los iconoclastas era muy atrevido y muy poderoso. Un gran número de obispos, de grandes del Imperio y de soldados de la guardia imperial estaban infestados de esta herejía. Habiendo tomado Irene las riendas del Imperio por la muerte trágica de su esposo y la menor edad de su hijo, aunque era católica, no pudo desde el primer momento de su regencia atacar de frente aquel partido, que habia causado tantos males á la Iglesia y al Estado, y que no retro-

cedia ante ningun obstáculo, sino que, tan sabia como fervorosa, hizo lo que estuvo en su mano hacer. Desde el momento suspendió todas las persecuciones contra los católicos, y se declaró en su favor; de modo que el pueblo comenzó á hablar libremente de las santas imágenes y á manifestar públicamente su deseo de verlas restablecidas. Habiendo vacado la silla patriarcal de Constantinopla por el fallecimiento de Pablo, que acababa de morir en los sentimientos del más profundo arrepentimiento por haberse mostrado demasiado débil contra los perseguidores de las imágenes, propuso ella á los obispos, á los consejos de los grandes y al pueblo, al llamado Taracio para reemplazarle, y esta proposición fué unánimemente aceptada por todo el mundo. Taracio era lego; pero educado por Santa Eucracia, su madre, señora muy célebre por su piedad, era el católico más fervoroso y el hombre más santo de todo el Imperio. Esta elección honró tanto la sabiduría como la piedad de la Emperatriz. En la resolución que habia tomado de restaurar completamente el Catolicismo en Oriente, era necesario comenzar por colocar en la silla de Constantinopla un obispo como éste. Además, cuando se trata de la religión, la mujer, sea cualquiera el poder de su voluntad y la altura de su posición, nada puede sin las luces y la autoridad del obispo; así como el obispo, segun hemos visto ya, y veremos despues en la época siguiente, sea cualquiera su celo, no puede hacer grandes cosas sin el concurso y la cooperación de las mujeres. Despues escribió Irene, por sí misma y por medio de su hijo, al papa Ariano en estos términos: «Supuesto que vos sois la cabeza de la Iglesia, que habeis recibido de Dios el *principado del episcopado*, como nosotros hemos recibido el del Imperio, os pedimos que nos presteis vuestro auxilio, porque hemos resuelto remediar los males que los tres últimos emperadores hicieron á la Iglesia con la herejía de los iconoclastas, que ellos habian apoyado con todas sus fuerzas. Y supuesto que el medio más propio para esto es el de reunir un Concilio general, suplicamos á Vuestra Santidad que se presente en él para afirmar la antigua tradicion respecto á la veneración de las imágenes; y que si Vuestra Santidad no puede honrar la Asamblea con su presencia, envíe al ménos á ella personas justificadas y hábiles, con autorización suficiente para representar su persona.» (*Rom.*, 7.) La Emperatriz obligó tambien á Taracio á que escribiese al Papa y le enviase su profesion de fe.

No ofreciendo Constantinopla garantía suficiente para la libertad y la independencia del Concilio, Irene lo hizo reunir en Nicea de Bitinia. En las cartas del Papa que los legados llevaron á Irene y á su hijo, y que fueron leídas en la santa Asamblea, el Soberano Pontífice felicitaba á la Emperatriz y al Emperador por su piadoso deseo de restablecer la verdadera fe respecto al culto de las imágenes, y les decía que, por el cumplimiento de este designio, la madre y el hijo se honrarian tanto como se honraron el antiguo Constantino y Santa Elena, su madre, cuando promulgaron la fe ortodoxa y exaltaron la Iglesia romana, que es la madre espiritual áun de la misma Iglesia griega, como que está á la cabeza de todas las Iglesias. (*Rom.*, 7.) Los obispos que habian tenido la desgracia de caer en la herejía de los iconoclastas abjuraron públicamente de ella en el Concilio, y declararon reconocer que estos herejes, en su guerra contra las imágenes sagradas, habian imitado á los judíos, á los sarracenos, á los paganos y á los maniqueos. La doctrina sobre el culto de las imágenes fué restablecida sobre bases sólidas y con razones sin réplica. Por medio de pasajes tomados de los escritos de todos los padres de la Iglesia, se hizo constar la antigüedad, la perpetualidad y la universalidad de la tradicion de la Iglesia respecto al culto que se debe á las imágenes del Salvador, de su augusta Madre y de los santos; y todos estos pasajes fueron reunidos en un volúmen. Ademas del bello y magnífico decreto sobre el culto de las imágenes, publicó el Concilio otros veintidos cánones del más alto interes respecto á la fe y á la disciplina de la Iglesia. Gozosa la piadosa Emperatriz al saber lo que habia hecho aquella piadosa Asamblea, escribió á los Padres que la componian, rogándoles fuesen todos ellos á Constantinopla y celebrasen allí su última sesión en presencia del pueblo, á fin de dar á unas decisiones de fe tan importantes mayor solemnidad, publicándolas ellos mismos en la capital del Imperio y haciéndolas aceptar por las aclamaciones del pueblo. Irene hizo tambien saber á los padres del Concilio que acababa de enviar á la Anatolia toda la guardia imperial, contaminada con la herejía; que la habia reemplazado con regimientos escogidos que habia hecho venir expresamente de Tracia, con cuya ortodoxia y con cuya disciplina se podia contar, y que, por consiguiente, nada habia que temer respecto á la seguridad del Concilio. Este pensamiento de la Emperatriz era demasiado sabio, y su deseo

demasiado justo, para que los Padres pudiesen negarse á él. Se trasladaron, pues, á Constantinopla, y se reunieron en un salon del palacio imperial, donde Irene lo habia dispuesto todo á fin de que nada faltase á la majestad y al esplendor de esta memorable sesión. El Senado y todas las altas corporaciones del Imperio se hallaban allí reunidos. Una multitud inmensa habia ocupado todas las avenidas. La Emperatriz se presentó allí con su hijo. Los legados del Papa le cedieron el primer lugar, y entónces se vió á una mujer, teniendo á su lado un niño de doce años, presidir una de las más augustas asambleas de la Iglesia. La sesión se abrió con un discurso de la Emperatriz, en el que habló, en nombre de su hijo y en su propio nombre, con tanta elocuencia, con tanto calor y con tanta gracia, que una grande emoción se manifestó en toda la Asamblea; lágrimas de gozo corrieron de los ojos de todos, y las últimas palabras de Irene fueron seguidas de las más entusiastas aclamaciones. Lo mismo sucedió cuando se leyó en alta voz el tomo donde el Concilio habia reunido los textos de los padres de la Iglesia relativos al culto de las imágenes: todos los circunstantes se conmovieron profundamente al oír cómo se expresaron aquellos grandes hombres respecto á este artículo de la verdadera fe, reconocieron su verdad y se adhirieron á él con los más vivos aplausos. Pero el entusiasmo llegó á su colmo cuando se leyó también en la Asamblea, y fuera de la Asamblea al pueblo, la definicion de fe pronunciada por el Concilio sobre la misma materia, y vieron que la Emperatriz queria firmarla la primera. Es imposible formar una idea de los trasportes de alegría con que esta definicion fué acogida y aceptada. Al mismo tiempo, segun las órdenes que la Emperatriz habia dado, todas las imágenes sagradas, de que se encontró lleno como por encanto el palacio imperial, lo mismo que todas las iglesias, y áun las mismas calles de la metrópoli, fueron descubiertas y presentadas, rodeadas de adornos y de cirios encendidos, á la veneracion de los fieles. En aquél día la ciudad de Constantinopla se convirtió en un templo, donde todo el pueblo tributó á las imágenes sagradas los homenajes públicos, que las indemnizaron de la brutalidad sacrilega con que habian sido proscritas, profanadas y despreciadas. Tal fué el resultado de este gran Concilio, que es el segundo de Nicea y el sétimo de los Concilios generales, el más célebre y el más importante de todos, en razon á que todos los Con-

cilios generales precedentes fueron confirmados en él, y todas las herejías que se habían levantado hasta entónces fueron en él anatematizadas. Pero no debemos olvidar que este gran Concilio, como todo lo que se siguió á él y que puso fin á una gran herejía y restauró el Catolicismo en Oriente, fué pensamiento y obra de una mujer; y que una Emperatriz fué la que, con su celo inteligente y valeroso, deshizo los grandes escándalos dados por tres emperadores y por un gran número de obispos. ¡Dichosa mujer, si hubiera sabido vivir tan bien como supo creer; si hubiera sabido conformar siempre su conducta á su fe, y si la ambicion de reinar no la hubiera hecho cruel aún con su propio hijo! El nombre de la emperatriz Irene brillaria con un grande y puro resplandor en la historia eclesiástica al lado de Santa Pulqueria, y la Iglesia la veneraria como santa.

§ XXXII.—La emperatriz Santa Teodosia, *la única soberana buena de su tiempo*.—Teófilo, su esposo, le debe su conservacion.—Habiendo levantado la cabeza la herejía de los iconoclastas, fué aniquilada por ella.—Santa Teodosia instituyendo la fiesta de la *Ortodoxia*, que los griegos celebran todavía.—Celo con que trabajó en la restauracion y en la propagacion del Catolicismo en Oriente.—Su cooperacion eficaz en la conversion de los búlgaros, de los kázaros y de los moravos.—Detestable carácter de su hijo, *Miguel el Borracho*, que persigue á su propia madre y echa los fundamentos al cisma de Oriente.—Sin embargo, resumiéndose todas las herejías en el arrianismo, fueron tan completamente destruidas por el concurso de las mujeres, que no han podido levantarse de nuevo, á pesar del cisma.—El cisma se ha perpetuado allí porque, despues de Santa Teodosia, no se ha sentado en el tróno ninguna otra santa mujer.—Importancia de la mujer católica para el sostenimiento de la verdadera religion.

Es verdad que más tarde la herejía de los iconoclastas, apoyada por los emperadores Miguel el Tartamudo y Teófilo, y profesada y enseñada por el insigne impostor Lecanomante, patriarca de Constantinopla, levantó su odiosa cabeza y renovó con más furor la guerra á las imágenes sagradas. Pero fué aniquilada muy pronto, y esta vez tambien por el celo y la piedad de una mujer, de cuyo reinado comienza la historia Rohrbacher con estas palabras: «Mas si en Occidente los soberanos temporales eran entónces generalmente medianos, eran detestables en Oriente, y en Constantinopla

no hubo más que uno bueno, y éste era una mujer, la emperatriz Santa Teodosia.» (Lib. LVII.)

Habiendo muerto su esposo, el emperador Teófilo, dejando un hijo de tierna edad, tomó ella las riendas del Imperio en nombre de su hijo y lo gobernó, por espacio de catorce años, con el celo de un obispo y con la bondad, la justicia y la fuerza de un excelente soberano.

Pero aún antes de perder á su esposo habia dado Santa Teodosia una prueba de la pureza de su fe y de la eficacia de su celo por el Catolicismo. Viendo á su desventurado esposo próximo á morir en la condenacion y en el anatema, á causa de la persecucion impía que habia hecho á las imágenes, la santa mujer se llenó de espanto, y redoblando su celo, le representó, como ella lo ha referido despues, con los más negros colores las consecuencias terribles de su muerte si permanecia en la herejía, del juicio severo de Dios, la condenacion eterna, la privacion de las oraciones de la Iglesia, las maldiciones de los hombres, la nota de reprobacion que infamaria su memoria, y el escándalo y la sublevacion del pueblo. El moribundo se conmovió y se llenó de terror al ver este cuadro. «Él gimió, él lloró, añade la Santa, y dió los testimonios más manifiestos de su arrepentimiento; pidió las imágenes sagradas, yo se las presenté, él las besó, y entregó de este modo su espíritu en manos de los ángeles.» Ved aquí otro bello ejemplo del celo y del poder de la mujer verdaderamente católica para atraer al bien á las personas que ama. El emperador Teófilo debió á su santa esposa su conversion y su salvacion.

Siendo Santa Teodosia católica en el fondo de su alma, ocultaba su catolicismo en vida de su desventurado esposo, para evitar que éste se enfureciese más contra los católicos. Mas apénas se vió dueña de sí misma y colocada á la cabeza del gobierno, su primer pensamiento fué la destruccion de la herejía y la restauracion completa del Catolicismo en todo el Imperio. Así fué que cuando el piadoso Manuel, tio del Emperador difunto y uno de los tutores de su hijo, representó á la santa Emperatriz que el mejor modo de dar á su reinado un principio feliz y de regocijar al pueblo era el de restablecer el culto de las sagradas imágenes, Santa Teodosia respondió: «¡Ay Dios mio! Yo lo he deseado siempre, y no he dejado jamas de pensar en ello. Pero no he podido hacerlo hasta el presen-

te, por la multitud de senadores y de magistrados afectos á la herejía de los iconoclastas, por los obispos metropolitanos, y principalmente por el mismo patriarca Lecanomante. Él es quien ha paralizado mis esfuerzos; él es quien ha fomentado la semilla de este error, que el Emperador, mi esposo, habia recibido de sus padres; él es quien le ha obligado, por sus apremiantes exhortaciones, á tratar tan mal á muchas santas personas.» Al momento, queriendo hacer su último esfuerzo respecto al patriarca, le envió á decir: «Yo recibo de todas partes muchas solicitudes para el restablecimiento de las santas imágenes; si vos estais de acuerdo, tanto mejor, y la Iglesia volverá á recibir al momento su antiguo ornato; si no lo estais, dejad la silla, que no podeis ocupar ya, y retiraos; un Concilio os va á juzgar y á mostraros que sosteneis un error.» Habiendo persistido Lecanomante en su obstinacion, la Emperatriz, de acuerdo con la cabeza de la Iglesia, hizo reunir un Concilio en el palacio imperial, á que asistió ella misma. El Concilio fué muy numeroso. En él se anatematizó á los enemigos de las santas imágenes, se confirmó el segundo Concilio de Nicea, que habia sido celebrado por el celo de la emperatriz Irene; y habiendo depuesto legalmente á Juan Lecanomante, como convicto de herejía y obstinado en sus errores, fué elegido patriarca de Constantinopla San Metodio, uno de los mártires vivientes de la fe católica bajo el imperio de Miguel el Tartamudo y de Teófilo. Entónces la piadosa Emperatriz dijo á los Padres reunidos: «Ya veis lo que, con el auxilio de Dios, he hecho para restablecer el culto de las imágenes. En recompensa no os pido más que una gracia, y es que alcanceis de Dios el perdon del pecado que el Emperador, mi esposo, cometió en esta materia.» Bello y admirable rasgo del celo de la mujer católica por el reposo del alma y por la memoria de su esposo. Y en esta ocasion fué cuando la santa mujer refirió al Concilio la conversion de su esposo, y la confirmó con juramento. Y al oír esto los preladados, le dijeron: «Princesa, *persuadidos de vuestra virtud*, bajo el testimonio que acabais de dar del arrepentimiento del Emperador, y suponiendo que fué así, declaramos por escrito que Dios tendrá misericordia de Teófilo.»

Al momento ordenaron á San Metodio patriarca de Constantinopla; y Santa Teodosia, alegre por haber dado un pastor semejante á esta Iglesia, hizo reunir el pueblo, con el nuevo patriarca á su ca-

beza, en la iglesia de Nuestra Señora, y estuvo con ellos toda la noche dando gracias á Dios y orando, y á la mañana se dirigieron todos en procesion á Santa Sofía, donde, despues de la celebracion de la misa, las santas imágenes fueron restablecidas solemnemente. Una multitud inmensa habia concurrido de las provincias vecinas á esta fiesta. Los monjes del monte Olimpo, del monte Ida y del monte Atos se habian reunido en gran número, lo mismo que los obispos y los sacerdotes de la comarca, la mayor parte de ellos llevando todavía las señales del martirio que habian sufrido durante la persecucion. El pueblo, que muchas veces comprende mejor la religion que muchos de los que se llaman teólogos, dió una gran importancia, y con razon, al culto de las imágenes. El gozo, por consiguiente, fué grande y universal.

Pero nadie se alegró tanto de este acontecimiento como la princesa que lo habia promovido. Despues de la ceremonia en la iglesia, dió un piadoso festin en su palacio al clero y á todos los confesores de la fe. Ella les dió de comer y quiso servirles á la mesa. Despues celebró ella esta fiesta todos los años, y los griegos la celebran aún bajo el nombre de *la fiesta de la Ortodoxia* ó del restablecimiento de la verdadera religion.

Santa Teodosia, de acuerdo con San Metodio, procuró hacer desaparecer todos los vestigios de la persecucion que su esposo habia hecho á los católicos. Ella hizo llevar á Constantinopla el cuerpo de San Teodoro Studita y el del patriarca San Nicéforo; ella puso fin á todas las divisiones religiosas, reunió á todos los partidos, y con la firmeza y la sabiduría de su administracion volvió el reposo al Imperio y la paz á la Iglesia. Convencida de que el bien de la religion depende principalmente de la pureza de la doctrina, de la santidad y del celo del obispo, habiendo muerto el gran Metodio, la Emperatriz procuró que fuese reemplazado en la silla de Constantinopla por un santo todavía mayor, y éste fué San Ignacio, el más célebre de los patriarcas de Constantinopla, despues de San Juan Crisóstomo, por su celo por la unidad de la Iglesia, por sus combates con el insigne criminal Focio, y por su largo y atroz martirio. Al mismo tiempo destruyó ella los restos de los maniqueos, que se habian convertido en una secta de salteadores de caminos, que infestaban el Ponto, la Armenia y la Capadocia.

Santa Teodosia hizo tambien la paz con los búlgaros y restituyó

al príncipe Bogoris, su jefe, la hermana de éste, que los imperiales habian cogido prisionera en la última guerra. Pero durante la cautividad de esta princesa en Constantinopla, Santa Teodosia la habia hecho instruir perfectamente en la verdadera fe, y con sus exhortaciones y con sus ejemplos habia hecho de ella una cristiana fervorosa y perfecta. Cuando volvió á Bulgaria, insistió tanto con su hermano, pagano todavía, para que abrazase el Cristianismo, que al fin lo consiguió, y por medio de su hermano atrajo tambien al Cristianismo las diferentes hordas de bárbaros que habitaban las riberas del Danubio, y que se comprendian bajo el nombre de búlgaros. Esta gran princesa fué, por consiguiente, la Santa Clotilde de Bogoris, así como éste fué el Clodoveo de los pueblos que asolaban el Oriente. Tambien fué Santa Teodosia quien, á petición de Bogoris y de su santa hermana, envió á Bulgaria á San Cirilo, para quien alcanzó inmensas facultades del Papa el cual en pocos años consiguió hacer de los búlgaros una floreciente cristiandad, sujeta inmediatamente á la Santa Silla de Roma. Y ved aquí un gran pueblo convertido en nacion cristiana por los cuidados de dos mujeres. Pero en la época de que vamos á tratar ahora se renueva con más frecuencia este prodigio de la formacion de grandes estados cristianos por el celo de las mujeres.

Santa Teodosia envió tambien ciertos eclesiásticos á los kázaros, cuya religion era una horrible mezcla de judaísmo y de mahometismo, y que se hicieron al momento cristianos. Los príncipes de los moravos igualmente, viendo en todos los países cristianos que los rodeaban los felices efectos del Cristianismo para la paz, la union y la civilizacion de los pueblos, quisieron tambien abrazarlo é introducirlo en sus estados. Mas no teniendo personas capaces de instruirlos, escribieron á Santa Teodosia para que se las mandase, porque la consideraban, no sólo como el más grande de los soberanos, sino tambien, en cierto modo, como el Papa de Oriente, que sabia arreglar los negocios eclesiásticos con el Papa verdadero. La santa Emperatriz les envió á San Cirilo, el gran apóstol de los búlgaros, con San Metodio, su hermano, que renovaron en Moravia los prodigios de celo y las brillantes y rápidas conversiones que habian obrado en Bulgaria. No contenta Santa Teodosia con haber suministrado todo lo necesario para esta importante mision, continuó enviando de Constantinopla todo cuanto necesitaban los santos

misioneros para la celebracion del culto, para el ornato de las iglesias y para su propia manutencion, á fin de que no fuesen gravosos á los nuevos convertidos. Así es que pocos hombres apostólicos, pocos obispos, hicieron más que esta mujer por la destruccion de las herejías y la propagacion del Cristianismo.

Pero ésta fué la última estrella del Oriente, así como el patriarca San Ignacio fué su último sol. Su indigno hijo, Miguel, educado expresamente por el insigne criminal Bardas, su tío y su tutor, en el ódio de toda religion y en los sentimientos más bajos, apenas subió al trono hizo reinar en él la más cínica impiedad y todos los crímenes, unidos á todas las bajezas y á todas las infamias. Éste fué el Calígula, el Domiciano de los tiempos cristianos. Jamas, ántes ni despues de él, el *Bajo Imperio* descendió más abajo: el emperador Miguel pasaba en infames orgías todo el tiempo que no pasaba corriendo en el circo con los cocheros, cuidando y acariciando los caballos, y poniendo en ridículo la religion con farsas impías y bufonadas sacrílegas. Esto es lo que lo hizo distinguir en la Historia con el nombre de *Miguel el Borracho*. Su primer ministro y su primer favorito no desmerecia nada de su soberano. Este era un descarado blasfemo que el Emperador habia ido á buscar entre la hez del pueblo, y que no tenia más mérito que el de su habilidad para ciertas cosas repugnantes. El Emperador le llamaba *el Amable*, y el pueblo le llamaba *el Puerco*.

No temiendo á Dios, aquel Emperador, aquel monstruo, no perdonó á ningun hombre. Él persiguió al patriarca San Ignacio, á quien arrojó de su silla para colocar en su lugar á Focio, el más sabio, pero el más hipócrita, el más ambicioso y el más criminal personaje de su siglo. Él hizo aprisionar á su propia madre y á sus vírgenes hermanas, porque no podian sufrir su infamia y su impiedad. La pluma se resiste á expresar los insultos que aquel hijo desnaturalizado hizo sufrir á ésta. santa mujer, que le habia dado la vida y le habia conservado y transmitido el Imperio en el estado más floreciente. Despues de haberla colmado de oprobios mientras vivió, la colmó de dolor muriendo en sus brazos, asesinado por Basilio, á quien él habia condenado á muerte.

Aunque Basilio habia subido al trono por el asesinato, se mostró al principio un emperador bueno y piadoso. Lleno de respeto y de consideracion hácia la madre de su víctima, se dedicó, por las ins-

tancias de Santa Teodosia, á restaurar la religion y á elevar el Imperio. Por sus cuidados se reunió el gran Concilio de Constantinopla, que es el octavo de los Concilios generales, en el que Focio fué condenado y depuesto, y San Ignacio fué restablecido en la silla de aquella metrópoli. Pero á la muerte de este santo patriarca, Focio usurpó otra vez esta silla, y, favorecido por la córte, se perpetuó en ella, y con él se perpetuó tambien el cisma funesto entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, que, pasando por diferentes fases, ha concluido por establecerse definitivamente en Oriente, y por entregar una gran parte de la cristiandad á la brutalidad de los sultanes y al capricho de los czares.

Pero permítasenos hacer aquí dos importantes observaciones. La primera es que, así como todas las verdades del Cristianismo se resumen, segun el evangelista San Juan, en la fe de *que Jesucristo es Hijo de Dios* (xx), de la misma manera todas las herejías, reflexionándolo bien, se resumen en el arrianismo ó en la negacion de la divinidad de Jesucristo; porque negar, por ejemplo, la Trinidad, es negar que Dios tiene un Hijo que es Dios. Negar las dos naturalezas ó las dos voluntades en Jesucristo, es negar que una de estas dos naturalezas ó que una de estas dos voluntades es divina. Negar la maternidad divina de María, es negar que el Hijo de María es Dios. Negar el culto de las imágenes sagradas de Jesucristo, de su augusta Madre y de los santos, es negar que sus prototipos merecen culto, y que Jesucristo, cuya gracia omnipotente forma los santos, es Dios; y negar la necesidad y el poder de la gracia, la divinidad y la eficacia de los sacramentos de la Eucaristía en particular, y la divinidad y la infalibilidad de la Iglesia, es negar que el Autor de la gracia y de los sacramentos de la Iglesia es Dios.

De modo que el monotelismo, el nestorianismo, el pelagianismo, el luteranismo, el calvinismo, así como la herejía de los iconoclastas, no son otra cosa que máscaras diferentes bajo las cuales se ha ocultado la gran herejía que niega á Jesucristo su divinidad, no son otra cosa que nuevas trasformaciones del arrianismo. Por esta razon la herejía de los iconoclastas en particular, aunque parecia que no tocaba de cerca los dogmas fundamentales del Cristianismo, reunió en su favor todo lo que restaba del arrianismo en Oriente, y fué sostenida con tenacidad por sus sectarios, y combatida y destruida con tanto celo y tanta firmeza por la Iglesia. Ella era el arrianismo

disfrazado, que, condenado bajo todas sus antiguas formas, habia reaparecido bajo esta forma nueva. Ya hemos visto que esta gran herejía, que encierra en sí todas las herejías, fué condenada bajo todas sus formas en los Concilios de Efeso y de Calcedonia, que fueron obra del celo de Santa Pulqueria; en el segundo Concilio de Nicea y en el último Concilio de Constantinopla, que fueron obra de Irene y de Santa Teodosia. Puede, por consiguiente, decirse que todas las herejías de los diez primeros siglos fueron condenadas, destruidas y pulverizadas por la Iglesia con el concurso y la cooperacion de las mujeres, y que la mujer católica tuvo tanta parte ó más que muchos obispos en la grande obra de la destruccion de las herejías. Y yo no dudo que el protestantismo, con todas sus variaciones, y el filosofismo moderno, que es su hijo natural, cesarán en Europa, tal vez en un tiempo poco lejano, cuando; apareciendo de nuevo en los tronos de Europa mujeres verdaderamente católicas, otras Santas Pulquerias y Santas Teodosias, herederas de su espíritu, de su instruccion, de su valor, de su celo y de su piedad, se entiendan con la cabeza de la Iglesia, y secunden su accion y sus esfuerzos para el restablecimiento de la unidad católica.

Notemos tambien que la destruccion de las herejías en Oriente, que la sabiduría y el celo de los Soberanes Pontífices llevó á efecto por medio de la mujer católica, soberana, fué completa y durable. Todavía hay en Oriente arrianos bajo el nombre de *nestorianos*; pero el arrianismo y el nestorianismo, como doctrinas profesadas por toda una Iglesia ó todo un pueblo, no existen ya. Esto consiste en que, segun los grandes Concilios que las condenaron, y en los que la mujer católica tuvo tanta parte, esas herejías se hicieron imposibles en esas comarcas. Los griegos, aun despues de su cisma, han guardado siempre la fe de Nicea, confirmada por estos mismos Concilios; ellos creen siempre en la divinidad de Jesucristo y en la divina maternidad de María; ellos conservan el culto de las santas imágenes, cuya restauracion celebran, como se ha dicho ya, con alegría, con su *fiesta de la Ortodoxia*. Esta fe fué tan bien restablecida en Oriente, que el mismo Focio, cuya ambicion y cuya impiedad no retrocedió ante ninguna temeridad ni ningun error, no osó tocar á ella, al ménos directamente, y que, en la necesidad que él tenia de la herejía para formar de ella la base ó el pretexto de su cisma, se guardó bien de restablecer el arrianismo bajo ninguna de

las formas en que habia sido condenado, y le dió una nueva forma, dirigiéndose al Espíritu Santo, y afirmando que el Espíritu Santo no procede *del Padre y del Hijo*, sino del Padre *por el Hijo*, lo cual es negar la divinidad de Jesucristo; porque decir que el Espíritu Santo no procede igualmente del Padre y del Hijo, es decir que este Hijo es inferior al Padre, y que, por consiguiente, no es Dios. Pero esta nueva máscara con que Focio se vió obligado á encubrir el arrianismo, y bajo la que es muy difícil al pueblo reconocerlo, nos prueba que no era ya posible resucitarlo entre los griegos bajo las antiguas formas, y que bajo estas formas estaba muerto, y bien muerto, para siempre. Es verdad que, bajo esta última forma, que le fué dada por una astucia sacrilega, subsiste todavía, al ménos en una parte del clero griego, porque el pueblo nada entiende en esta cuestion; pero habiendo el cisma degradado á la mujer (ésta es, como hemos visto, una de sus consecuencias inevitables), y puesto fin al catálogo de las santas, no hubo ya sobre el trono, mientras permaneció en pié, Pulquerias, Irene ni Teodosias; no hubo ya aquellas santas y sublimes mujeres que, de acuerdo con los Soberanos Pontífices, hubiesen podido combatir el error y restablecer la unidad. El papa San Nicolas dijo que los emperadores y los patriarcas perdieron la gran Iglesia de Oriente. Nada es más cierto; pero nada es más cierto también que el Catolicismo, que, combatido por tantas herejías y por el espíritu griego, debió haberse perdido allí muchas veces, mientras subsistió fué sostenido por los Soberanos Pontífices, que reprimieron la ambicion insolente y las falsas doctrinas de los patriarcas, y por las santas mujeres, que apoyaron por todos los medios posibles la accion de los Soberanos Pontífices y neutralizaron la oposicion de los emperadores. Pero, una vez consumado el cisma, y habiendo hecho imposible por una parte la accion pontifical sobre aquella Iglesia separada, y habiendo impedido por la otra que pudiesen aparecer allí otras princesas santas (porque la santidad es imposible en el cisma), no hubo medio alguno para hacerlo cesar. Así, pues, aún los males mismos que la ausencia de santas mujeres acumuló sobre aquella desventurada Iglesia, son una prueba de la importancia de la mujer católica para la destruccion de los errores y el sostenimiento de la verdadera religion.

CUARTA ÉPOCA.

LA EDAD MEDIA.

LAS SANTAS REINAS, Ó LA MUJER CATÓLICA SOBRE EL TRONO, CONVIRTIENDO Á LOS REYES BÁRBAROS, Y FUNDANDO LAS MONARQUÍAS Y LAS NACIONALIDADES CRISTIANAS.

§ XXXIII. — La Edad Media, presentando el espectáculo de la formacion de las monarquias y de las nacionalidades cristianas por la accion de la Iglesia, sostenida por el celo de las mujeres. — Por qué se comienza por las reinas de Francia al presentar los retratos de las santas reinas que en esta época ocuparon los tronos de Europa. — Santa Clotilde, mártir de la verdadera fe ántes de ser su apóstol. — Su matrimonio con Clodoveo. — Cómo lo convirtió ella al Cristianismo. — La batalla de Tolbiac. — San Remigio llamado á la córte por la santa reina, y convirtiendo á los francos.

Hemos recorrido las tres primeras épocas del Cristianismo: 1.º, la época en que fué plantado en el mundo por la predicacion de Jesucristo y de los apóstoles; 2.º, la época en que nació y creció, regado con la sangre de los mártires, y 3.º, la época en que se desarrolló, con respecto á sus dogmas y á su moral, por la ciencia y los escritos de los santos padres, y triunfó de los herejes por el celo y la autoridad de los Soberanos Pontífices; y hemos visto cuánto ha contribuido la mujer católica á estos grandes y preciosos resultados, con el prodigio de su fe, de su valor y de su celo, y con la práctica heroica de todas las virtudes y de toda la perfeccion del Evangelio. Ahora debemos volver un poco atras, subiendo hasta el quinto siglo, al tiempo de las grandes invasiones de los bárbaros, que dieron principio á la *Edad Media*, á fin de ver al Cristianismo trabajando sobre aquellas masas de hombres salvajes, penetrándolos de su espíritu, formando los gobiernos, las nacionalidades y las costumbres públicas en armonia con el Evangelio, y consiguiendo este resultado por la influencia y la cooperacion de la mujer.

Hablando de la monarquía francesa el Conde de Maistre dice que fué obra de los obispos, que la formaron como las abejas for-